

la sagrada de un héroe. Y por cierto que, únicamente después de comenzada la época de la monarquía, debió de ser localizada en Siquem, que fué ciudad cananea hasta el reinado de Abimelech, ó, en caso de que se enseñara ya antes en Siquem, hemos de considerar como cananea la figura de José. El vuelo de la fantasía que teje la leyenda bastó al parecer para transportar á Egipto lo mismo el personaje histórico de Moisés que el héroe epónimo José con los de las dos tribus derivadas de él; pero no alcanzó á rellenar el espacio de tiempo que media entre ambos personajes. Sin embargo, Egipto dió tan á menudo albergue durante mas ó menos tiempo á familias semíticas (1) -- véase el grabado de esta obra que representa una familia nómada semítica que solicita entrada en Egipto -- que sería exagerado negar toda posibilidad de que algunas tribus ó familias hebreas hubiesen residido en Egipto. Pero que el pueblo de los hebreos y menos todavía el de Israel no residieron allí, se deduce necesariamente de lo que hemos dicho ya acerca del origen de estos dos nombres, y de aquí también la consecuencia de la inutilidad completa de los trabajos de los egiptólogos para hallar rastros de la permanencia de los hijos de Israel ó de los hebreos en Egipto. Si alguna vez residió un clan hebreo en Egipto, nadie sabe hoy su nombre, y aunque los egiptólogos entendiesen mas de antigüedad hebraica, no lo reconocerían tampoco en los vestigios que podrían encontrar; pero en todo caso queda demostrado que las investigaciones sobre la época de los Faraones, bajo cuyo reinado Israel debió de entrar en Egipto y salir después, son juegos estériles de nombres y números. Creemos que el lector nos excusará de no emplear mas tiempo en este asunto y no esperará que lo empleemos tampoco en explicar el camino que debió de emprender Israel al salir de Egipto (2).

Con la salida de Egipto coincide, según la leyenda, la fundación de la religión israelita en el Sinaí. Muchos, especialmente de la parte de los egiptólogos, se han complacido con la hipótesis de que Moisés había transplantado á Israel elementos de la teología egipcia; pero esta hipótesis carece de todo fundamento real, y no sabemos que hubiesen podido asimilarse los antiguos hebreos nada de los antiguos egipcios. Precisamente aquello á que se da este carácter, es, en parte, del todo extraño al modo de ser de la primitiva religión israelita, y solo se desarrolló en ella paulatina y, por cierto, espontáneamente, y, en parte, no representa en ella ningun papel de importancia. Sobre todo es de mal gusto derivar de la influencia egipcia la enseñanza de la unidad de Dios; sobre este punto vea el lector lo observado en la Introducción. Ciertamente es, sin embargo, que la adoración de Dios adoptada por los hebreos en el Sinaí era para ellos de extraño abolorio, y es un error querer deducir, del concepto de la leyenda de que Moisés se había presentado á Israel como el enviado del Dios de los patriarcas, que Moisés hubiese ya encontrado en el pueblo la creencia de este Dios único, pues

(1) No hay que hacer referencia á la estancia de Abraham en Egipto, Gén. 12, 10 y siguientes, pues este pasaje es una adición relativamente moderna: véase Wellhausen en los *Anuarios de la Teología alemana*, XXI, págs. 413 y siguientes.

(2) Aun suponiendo que Israel hubiese estado alguna vez en Egipto, careceríamos de toda tradición histórica acerca del camino emprendido á la salida. Lo que ahora leemos en «El Exodo» sobre este particular, no es mas que un mito revestido de detalles históricos y geográficos para darle apariencias históricas. Calcular el camino entonces emprendido por los israelitas equivale, por ejemplo, á investigar el que hicieron los borgoñones, según la leyenda de los Niebelungen, en su visita al rey Etzel. Que á pesar de todo esto, la solución de este supuesto problema no haya tenido atractivo para los profanos, no es mas que una demostración de la poca claridad que aun hoy día reina en estos puntos entre los mismos eruditos.

con la permanencia de los patriarcas en la Tierra Santa se explica también la hipótesis de que hubiesen adorado á Jehova por los mismos esfuerzos, ya indicados, de caracterizar como de procedencia israelita los antiguos santuarios tomados de los cananeos. Con esta hipótesis se rebaja la importancia de Moisés para la religión del Antiguo Testamento. Moisés, como todos los fundadores de religiones, aportó á su pueblo una idea nueva, creadora, que transformó su manera de ser. Esta nueva idea fué la adoración de Jehova como Dios de las tribus. Porque si borramos todo lo que ha ganado el culto divino de Israel en el camino que ha recorrido en los tiempos históricos, no queda entonces, en la hipótesis de que la adoración de Jehova fuese ya antigua en Israel, ninguna otra idea desde cuya implantación en el pueblo pudiese datar una nueva época. Moisés no sería, pues, á lo sumo mas que un restaurador ó un reformador de la antigua religión israelita, en manera alguna un fundador, como con justicia le considera la tradición sacerdotal.

Sobre dos puntos debemos aquí llamar la atención: es el primero que no sabemos nada acerca del culto divino de Israel en los tiempos anteriores á Moisés. No existe ni una sola tradición sobre el particular (3); pero esto no debe maravillarnos, pues también en otros países se observa que después de la adopción de una religión mas elevada no solo se pierden paulatinamente los recuerdos del culto anterior, sino que precisamente y adrede son destruidos. Es lo segundo, que la adoración de Jehova por el pueblo del cual la tomó Moisés, pudo haber tenido muy bien una forma menos perfecta y menos desarrollada que aquella en que Moisés la implantó en su pueblo.

Ahora bien: que la adoración de Jehova fué extraña en su origen á Israel, lo revelan muchos rasgos de la leyenda sagrada. Damos poca importancia á que Jehova se manifestara como tal á Moisés antes del Exodo en el Sinaí, pues este rasgo solo se manifiesta por primera vez en E; pero vuelve á manifestarse otra vez allí á todo el pueblo entre truenos y relámpagos. Para el antiguo Israel reside Jehova en el Sinaí; allí, pues, hay que buscar el asiento primitivo de su adoración. Está afirmado en toda la antigua tradición, por mas que las noticias que sobre esto contiene sean confusas en algunos detalles, que Moisés, que implantó en Israel la adoración de Jehova, es el yerno del sacerdote de un pueblo árabe, esto es, que el sacerdocio de Moisés y de Levi está enlazado con un sacerdocio de Jehova mas antiguo y no israelita (4). Este suegro de Moisés se llama, en Ex. 3, 1, Jethro, sacerdote de los madianitas (llamados por otros midjanitas), y según Ex. 2, 18, Ragüel (5). En Ex., 18, se encuentra una relación bastante intacta de E.; es, sin embargo, cuestionable si el uso del nombre Jethro se deriva precisamente de él, aunque parece lo mas probable. En Núms. 10, 29, pasaje que tal vez procede de J., aparece el suegro de Moisés llamándose Hobab. En cambio, en los pasajes de Juec. 1, que probablemente proceden también de J., se enlaza en el v. 16 á los cainitas (cineos) con el suegro de Moisés (6), y Juec. 4, 11, designa igualmente á Hobab como cineo (cainita).

Ahora bien: que el nombre propio de la población arábiga, esto es, nómada de la que Moisés trasplantó á Israel la adoración de Jehova fué Cain ó cainitas se deduce del resto

(3) Tampoco lo es Am. 5, 26, pues este v. no se refiere á lo pasado.

(4) También esto podría explicar la existencia de elementos madianitas en la tribu de Levi.

(5) Este no es nombre de persona sino de un pueblo.

(6) Sobre la reconstrucción de este pasaje estropeado, véase E. Meyer en la «Revista científica del Antiguo Testamento», 1881, pág. 137 y Hollenberg, ibidem, pág. 102.

de la historia de esta tribu, la cual tribu está además íntimamente ligada con aquel culto. Por lo tanto, el suegro de Moisés debería ser mas bien designado como sacerdote de Cain. Estos cainitas se adhirieron á los hijos de Israel, según Números, 10, 29 y siguientes, y Juec. 1, 16, en la expedición de los israelitas á la tierra occidental del Jordán: se dirigieron á esta comarca con Judá desde la ciudad de las Palmas, Jericó. Al Sur de este territorio encontramos todavía en los tiempos mas remotos de la monarquía una tribu cainita con aficiones nómadas, que está en relaciones amistosas con Judá, 1. Sam. 30, pero que, por otra parte, está comprendida en el reino de Amalech, 1. Sam., 15, 6. Trátase ahora de averiguar si en vista de un testimonio histórico tan terminante, como lo son los pasajes indicados, se puede sostener todavía que los cainitas pertenecieran á la liga de los madianitas (1), pues que la tierra de Madian se encuentra al Oriente del golfo de Elana, y los madianitas habitaban la comarca oriental del Jordán en la época de la formación del reino hebreo.

Será preciso convenir en que el dato de que el suegro de Moisés había sido sacerdote de Madian se funda en un error. Este dato pudo fácilmente tener origen en el reino del Norte, cuyos vecinos nómadas mas próximos eran, en los tiempos mas remotos, estos mismos madianitas. En verdad no es indispensable esta hipótesis. Tribus nómadas de poca importancia se adhieren fácilmente á otras extrañas y también acaban por adoptar su nombre. Los cainitas que habitaban en la falda del Sinaí pudieron muy bien adherirse por medio de un pacto á algun pueblo establecido al Este del golfo de Elana. Así como los cainitas siguieron á los israelitas, pudieron también los madianitas haber seguido el movimiento emprendido por aquellos, penetrando de esta suerte en la tierra oriental del Jordán en pos de los israelitas.

Si consideramos además que los cainitas ocuparon en los tiempos históricos lugares que no están muy distantes de los que debieron de ocupar en tiempo de Moisés, nos saltarán dudas acerca de otro punto, á saber: si primeramente llegaron allí al través de las comarcas oriental y occidental del Jordán. Sería, pues, doble suponer que estos cainitas del Judá meridional emigraron desde el Sinaí en dirección al Norte. También la tribu de Judá podría haber penetrado con ellos en el país atravesando los límites meridionales, habiéndose establecido así en la tierra occidental del Jordán antes que todas las otras tribus. La circunstancia de que Judá en los tiempos antiguos no tenía relación alguna con las demás tribus vendría á favorecer esta hipótesis. Otra parte de los cainitas podría haber emigrado después con las demás tribus á la tierra oriental del Jordán, y de ésta á la occidental. Así se podría conciliar que un clan cainita aislado hiciera vida nómada en el Norte y que Efraim fuera, según Juec. 5, 14, en parte, de origen amalecita. Todo esto, sin embargo, no son mas que hipótesis. No es posible arrojar mas luz sobre estos antiguos conceptos etnológicos, dada la escasez de los datos que han llegado hasta nosotros (2).

Así, pues, el pueblo de Israel, reforzado por elementos cainitas, emigró desde la península del Sinaí á la tierra orien-

(1) Véase Kuener: «Culto divino», I, págs. 179 y siguientes.

(2) De las demostraciones dadas mas arriba se desprende también por qué el autor ha considerado inútil emplear tiempo en hacer investigaciones acerca de la situación del Sinaí ó monte de la Ley, llamado también Horeb en el reino del Norte. La mayor parte de los redactores del Antiguo Testamento no debieron de tener ninguna noción geográfica clara acerca de esta situación; y los sabios que después la buscaron, se encontraron en su mayor parte imposibilitados de descubrirla porque no comprendieron que la pregunta no debe ser: ¿dónde estuvo situado el Sinaí? sino á lo sumo: ¿de dónde ha tomado el Sinaí la leyenda sagrada de los hebreos?

tal del Jordán. No sabemos ni el camino que siguió ni la época en que lo emprendió, ni el tiempo que empleó en él. Es verdad que Am. 5, 25, nos dice que el pueblo permaneció 40 años en el desierto; pero esta cifra no solo es sospechosa por ser redonda, sino que lo es mas todavía porque descansa en la hipótesis procedente de suposiciones teológicas de que toda la generación procedente de Egipto, excepto Moisés, Josué y Caleb, pereció en el desierto y no llegó á ver la Tierra Santa en castigo de su incredulidad; y de 40 años es la duración de una generación. Además la fuente del Pentateuco mas antigua probablemente no sabia nada de esta peregrinación de 40 años por el desierto. La exactitud de las citas de los lugares que fueron estaciones de esta peregrinación, es lo que menos debe aducirse como argumento en favor de la verdad histórica de este hecho. Todos aquellos lugares han sido alguna vez, como se comprende desde luego, estaciones del desierto en los tiempos históricos. Pero que Israel pasara por ellos, solo lo dice la leyenda de tiempos posteriores que, fundándose por un lado en su hipótesis de que Israel procedía del Sinaí y, por otro, en su conocimiento de los caminos al través del desierto, ha creado una imagen del que hubieran podido seguir sus antepasados. Por lo demás, es evidente que el ser considerados como santos algunos lugares situados en el territorio de que se trata, por los pueblos que viven á su alrededor, ha influido también en la leyenda. Así se explica la elección de Kadesch Barnea como estación principal, del monte Hor como el lugar de la muerte de Aaron (3), y de las montañas situadas al Norte de Moab como la residencia de Moisés en sus últimos días.

Así, pues, indagar el camino que debió de recorrer Israel en su peregrinación desde la península del Sinaí hasta la tierra oriental del Jordán, es tanto menos útil para nosotros cuanto que lo dicho en las páginas anteriores nos ha debido convencer de que no existe ningun género de tradición histórica de la conquista de aquella comarca, y que mas bien lo que se nos relata de la del reino de Sichon (Sehon) por los israelitas conducidos por Moisés, está retrotraído de deducciones no libres de errores, sacadas del estado de cosas de los primeros tiempos de la monarquía para forjar la historia primitiva del país. Del mismo modo lo que se refiere en Números, 21, 33 y siguientes y en Deut., 3, de una conquista de Basan, está relacionado con sucesos de la época de los reyes, como ya lo demostraremos al hablar del territorio de la tribu de Manasés. Según esto, debe abandonarse por enteramente anti-histórica la especie de que Moisés, después de la conquista de la comarca oriental del Jordán, la repartió entre las tribus de Ruben y de Gad y media de Manasés, porque era la mas á propósito para la cría de ganados, de los cuales dichas tribus tenían gran número. De Ruben y de Gad lo afirma, en verdad, la tradición mas antigua (J., E.); mas parece haber presupuesto (Números, 32) que aquellas dos tribus, satisfechas de la posesión de esta tierra, se negaron á pasar con las demás el Jordán para la conquista de la comarca occidental, y solo se decidieron á pasarlo mediante la seguridad de la posesión de la del oriente y en virtud también de cierta presión moral. Según Deut. 3, 15, Moisés adjudicó asimismo á Makir (Machir), sub-tribu de Manasés, alguna tierra al Este del Jordán (4). Que Moisés repartió la tierra oriental del Jordán entre las 2 1/2 tribus mencionadas, está terminantemente consignado en la Escritura fundamental (5).

(3) Según Deut., 10, 16, debió mas bien Aaron haber muerto en Mosera.

(4) Esta cita podría considerarse como deuteronomista si pudiésemos atribuir igual procedencia á Jos., 13, 7, 8.

(5) En la adición Núms. 32, 39, no se dice todavía esto. Respecto al origen de Núms., 32, 40, véase mas adelante.

4. Israel y Canaan.—Israel en la tierra occidental del Jordan.

Difícil sería decir cuánto tiempo estuvo limitado Israel á la posesion de la tierra oriental del Jordan; pero no debemos suponer que fuese muy corto. Segun la nocion general, Israel, tan luego como hubo muerto Moisés, despues de la conquista y reparticion de la tierra oriental, pasó el Jordan conducido por Josué y conquistó la comarca occidental. Esta opinion es á todas luces errónea. Se encuentra por primera vez en E.

Los israelitas debieron de permanecer tranquilos en la comarca oriental hasta que ésta, á causa del aumento de poblacion, fué insuficiente para mantenerles, obligando así á algunas familias á emprender la emigracion. La comarca oriental del Jordan ofrece, como ya hemos visto, lo mismo territorios adecuados á la cria del ganado y á la vida nómada, que otros de excelentes condiciones para la agricultura. Nómadas y agricultores se diferencian aun hoy dia como antítesis, como representantes de dos modos de vivir opuestos y que, se rechazan uno á otro. Que esto fué así en la antigüedad, nos lo enseña claramente la leyenda israelita. El nómada, que vaga libremente por espacio ilimitado, mira orgulloso y con desprecio al agricultor pegado al terruño, como el señor mira á su siervo, y le parece indigno del hombre libre, cuyo puño puede manejar espada y lanza, seguir con la cerviz inclinada á la yunta que ara. Sin embargo, todos los nómadas que llegan á poseer tierras susceptibles de cultivo manifiestan el deseo de pasar á la vida agrícola, que ofrece alimentacion mas abundante. Al principio tal vez no son mas que los esclavos de los poderosos de la tribu los que labran un pedazo de tierra para agenciar el pan que tan necesario es tambien al nómada; pero pronto les siguen las familias mas pobres de la tribu hasta que ésta paulatinamente en su totalidad ó, á lo menos, en su mayor parte, se establece definitivamente en el terruño. Se observa, pues, con bastante frecuencia en la historia el paso de tribus nómadas á la agricultura, pero lo contrario solo rarísimas veces (1). Todavía se encuentran hoy en Palestina tribus nómadas que están á punto de convertirse en agrícolas.

Pero con el cambio en sentido agrícola es consiguiente — como nos lo enseña la historia de las tribus germanas — el crecimiento considerable de la poblacion, porque el agricultor, por resultado de la alimentacion mas abundante y de la vida mas tranquila y mas resguardada de accidentes exteriores, procrea muchos mas hijos que el nómada; y, además, por idénticas razones, alcanza mas larga vida que éste: la fuerza viril en los hombres y la hermosura en las mujeres son mas abundantes aun hoy dia en la Palestina en los lugares agrícolas. Pero todo exceso de poblacion encuentra por lo general muy pronto remedio por la irrupcion de una parte de ella en territorios menos densamente poblados ó débilmente defendidos.

Tenemos, pues, que representarnos ahora á los hijos de Israel en la tierra oriental del Jordan, ya dedicados en parte á la agricultura. La creciente poblacion no podia extenderse mas que hácia la parte occidental del rio. Allí ya los hijos de Israel, en la época de su vida nómada, habian educado á su juventud en el robo y el pillaje, como en el tiempo en que ocupando ellos la comarca occidental lo hicieron los madianitas y hoy dia lo hacen todavía los beduinos sirios. Como motivo secundario, pero solo como tal, pudo tambien haber influido el hecho de que los moabitas y amonitas, así como

(1) La indigna opresion de los agricultores egipcios (fellahs) ejercida por su gobierno ha hecho esto posible en algunos casos.

los madianitas y otros pueblos del desierto, empezaran á estrechar á los hebreos. Parece, sin embargo, que parte de estos últimos pueblos siguieron tambien el movimiento hácia la tierra occidental del Jordan.

Además del concepto de que la conquista de esta última comarca siguiera inmediatamente á la de la oriental, hay que desechar como ya hemos indicado, por ser completamente anti-histórico, el de que todo Israel, acaudillado por Josué, hubiese penetrado de una vez en la comarca occidental atravesando el Jordan cerca de Jericó, arrojando de esta ciudad ó destruyendo la poblacion primitiva de la mayor parte de aquel territorio y adjudicando éste á las diversas tribus. Contra esta hipótesis protestan desde luego todas las antiguas noticias que poseemos acerca de las relaciones de los israelitas con los cananeos en los antiguos tiempos. De estas se deduce que los cananeos no fueron en manera alguna extirpados por una poblacion conquistadora de la Palestina, sino que mas bien la poblacion israelita procedente de la comarca oriental fué introduciéndose poco á poco en el territorio ocupado por los primitivos cananeos y absorbiéndolos paulatinamente. Israel vivió casi siempre en paz con estos cananeos. Del odio mortal que hubiera debido existir entre ambos pueblos si la mayor parte de estos hubiese sido destruida por Israel de manera tan despiadada como se supone, no se encuentra rastro alguno en los tiempos mas remotos. Sobre todo la completa fusion solo se efectua en la época de los reyes y únicamente en ésta adquiere el carácter de sujecion de los cananeos al yugo de Israel. Solo en esta época nace un violento odio nacional entre ambos pueblos. Cómo tomaron los cananeos el procedimiento seguido por Israel en la conquista de su tierra, segun lo comprende la apreciacion vulgar de la historia, nos lo demuestra la venganza de los gabaonitas, 2. Sam., 21. Por otra parte no debe perderse de vista que la figura de Josué solo en tiempos relativamente modernos se ha convertido en una figura popular de la leyenda israelita. La tradicion judía mas antigua, como la presenta J., no dice una palabra de Josué. Solo la de E. nos relata la conquista de la Tierra Santa por este caudillo.

Primitivamente estuvo limitada la persona de Josué á la leyenda efraimita, representando en ella el mismo papel que Caleb en la judaíta. Ambos son héroes epónimos de clanes que habitan en el Sur los territorios de sus respectivas tribus. Caleb fué el epónimo del clan primitivamente edomita de los calebitas, cuya capital fué la antigua Hebron; y Josué el de un clan establecido al Sudoeste de la montaña de Efraim, cuya capital fué Timnath Cheres, Jos. 19, 50. 24, 30, 6, segun 1. Juec. 2, 9, Timnath Serach. Allí probablemente se enseñaria tambien despues su sepultura, Jos. 24, 30 (E.).

Esta leyenda de Josué se revela tambien por su contenido como de fecha bastante moderna, segun especial y claramente lo prueban dos rasgos. Se dice en ella que los gabaonitas consiguen mañosamente que Josué haga alianza con ellos, en virtud de la cual se adhieren como aliados y amigos al pueblo de Israel. Aunque los israelitas descubren despues que han sido víctimas de un ardido de los gabaonitas, sostienen el pacto, pero degradan á los gabaonitas destinándoles á proveedores de leña y agua del santuario. Ahora bien; de 2. Sam. 21 se desprende que los gabaonitas poseían todavía completa libertad en tiempo de David. La especie de la leyenda de que fueran reducidos á la condicion de dependientes del santuario, no pudo originarse antes de la época de Salomon, el cual edificó el templo y convirtió en dependientes del santuario al resto de los aborígenes que no estaban aun sometidos. Por otra parte, segun Jos. 6, 26, despues de la conquista de Jericó, maldijo Josué á esta ciudad y pronunció anatema contra el que la volviera á edificar. Este

anatema presupone ya un suceso del reinado de Acab, 1. Reyes 16, 34. Obsérvese de pasada que la leyenda de Aod, Juec. 3, 13, en oposicion á la de Josué, presupone que en la época anterior á los reyes, Jericó habia sido una ciudad habitada por israelitas.

Que la leyenda efraimita de la conquista de la comarca occidental del Jordan, por todo el pueblo de Israel, acaudillado por Josué, no está basada en tradicion histórica alguna, se deduce necesariamente de que junto á ella existe otra noticia mas antigua de la conquista de aquella tierra, que la refiere muy diversamente é ignorando por completo la otra version. Esta última noticia, es el ya tantas veces citado primer capítulo del libro de los Jueces, una de las mas importantes y antiguas relaciones acerca de la historia de Israel. Se encuentra ahora enlazada con el libro de Josué por medio de la fórmula «y aconteció despues de la muerte de Josué» usada por los redactores ó epitomistas de que hemos hablado anteriormente. Su contenido, sin embargo, corre mas bien paralelo al libro de Josué, cuyos conceptos niega casi completamente (1). Deberia, pues, empezar mas bien con un: «y aconteció despues de la muerte de Moisés,» y, mejor todavía, con «y aconteció despues del paso del Jordan.» Este relato tiene de comun con E. tan solo la suposicion de que el paso del Jordan se hizo cerca de Jericó, y que esta ciudad, pues ésta es la de las Palmas del v. 16, fué la primera conquista de Israel en la Tierra Santa. Pero mientras que desde este punto, segun E., procede el pueblo como ejército organizado, bajo el mando de Josué, á la conquista sucesiva del país, toma á Hai, derrota á doce reyes de los amorreos, y se adjudica todo el territorio conquistado y por conquistar; segun Juec. 1 se divide inmediatamente este territorio en Jericó, repartiéndose entre las diversas tribus: primero marchan Judá y Simeon simultáneamente á la conquista de los territorios de sus tribus respectivas; á Judá se adhieren los caninitas y con estos marcha tambien Caleb y su yerno Othoniel, hijo de Cener; sale despues la tribu de José para apoderarse de su lote. A continuacion vienen datos acerca de la posesion posterior de las tribus de Aser, Zabulon y Neftalí. — Cómo llegaron á apoderarse de aquella tierra no se dice, ni tampoco cuándo marcharon á su conquista desde la ciudad de las Palmas. La narracion de Juec. 1 no es á todas luces mas que el extracto de un relato primitivo mas detallado. Así se desprende tambien de que no se mencionan allí á Dan (2) ni á Benjamin. Es cierto que la falta de este último se puede explicar por la inclusion, que hace el redactor, de Benjamin en la casa de José (3). Pero si consideramos que la leyenda de Josué—lo que despues habremos tambien de tener en cuenta— es, probablemente, un reflejo de las luchas y movimientos que condujeron á la formacion de la tribu de Benjamin; que en el relato de la adhesion de los gabaonitas á Israel encontramos fragmentos que no hacen tampoco mencion de Josué (4), y que Hai y Gabaon se encuentran en el territorio de la que fué posteriormente tribu de Benjamin, nos sale al paso la hipótesis de que esos datos fragmentarios acerca de Gabaon proceden del mismo relato de que procede Juec. 1. Segun esto, debió este relato tratar primitivamente tambien de la tribu de Benjamin.

Ahora bien: la narracion de Juec. 1, como ya lo demostró

(1) Para mas detalles véase Bleek en la obra ya citada, págs. 181 y siguientes, y tambien el repetidamente citado «Estudio» de E. Meyer en la «Revista científica del Antiguo Testamento,» 1881, págs. 133 y siguientes.

(2) Los v. Juec., 1, 34-36, que tratan de Dan, son extraños al primitivo relato.

(3) «Revista científica del Antiguo Testamento,» 1881, pág. 142.

(4) Wellhausen: *Anuarios de la Teología alemana*, XXI, pág. 594.

tiempo atrás E. Meyer, no se funda en tradicion alguna de sucesos históricos. Ha nacido mas bien de conclusiones deducidas de las circunstancias de los primeros tiempos de la monarquía y retrotraídas á la época de su formacion. Esto se desprende muy particularmente del puesto que respectivamente ocupan Judá y José en la relacion. Un punto, sin embargo, ha creído Meyer deber exceptuar: la conquista de Jericó. Opina este autor que debe sostenerse que en realidad Jericó fué el lugar por donde penetró Israel en la tierra occidental del Jordan.

Desde luego no se ve por qué precisamente esta parte de la relacion no ha de estar sometida al juicio general que merece su origen. El único vado frecuentado del Jordan para las tierras del centro y meridionales estaba en Jericó. Siendo para los habitantes de las montañas de Efraim y Judá un hecho cierto que sus ascendientes habian llegado del otro lado del Jordan, debieron naturalmente fijar el punto de su paso allí donde el Jordan podia ser en sus tiempos diariamente atravesado.

Pero completamente contraria á esta hipótesis era la situacion geográfica de las tribus hebreas en las comarcas oriental y occidental del Jordan en los tiempos mas remotos. Ya hemos visto que el territorio situado enfrente de Jericó al Este del Jordan estaba antiguamente en poder de los moabitas y no de los israelitas. La tierra al Oeste de Jericó fué, sin embargo, el verdadero límite Sur del territorio israelita en la comarca occidental del Jordan. Ciertamente que existia todavía al Sudoeste, en las cercanías de Bethleem, un clan israelita, que de esta suerte fué como el punto de cristalización, por decirlo así, de la que fué despues tribu de Judá; pero estaba aislado de la masa principal de Israel por el territorio cananeo que se encontraba entre él y Benjamin. Si, como parece probable, la tribu de Benjamin se formó á causa de una emigracion de familias efraimitas hácia el Sur, entonces la laguna entre Judá y el pueblo de Israel, propiamente dicho, se presenta todavía mayor, y es menos probable aun que Jericó hubiese sido el punto por donde se pasó el Jordan. Para la leyenda ciertamente que no, pues segun ella el pueblo de Israel penetra en la tierra aquella como un ejército compacto que va adelantando por etapas sucesivas. Pero ya hemos visto que la colonizacion de la comarca occidental solo se efectuó paulatinamente, y que solo del mismo modo se hizo necesaria la emigracion de la oriental. Habiendo, pues, encontrado las verdaderas causas de la emigracion, no seria posible que aceptásemos como punto de paso del Jordan la parte de Jericó mas que en el caso de que no hubiese otros; pero esto no es así, como ya quedó probado anteriormente.

Hemos de buscar, por lo tanto, el paso en el punto de la comarca oriental del Jordan donde estaba la mayor densidad de poblacion israelita. Esta se encontraba á orillas del Yabok y desde allí hácia el Norte. Allí estaban situadas gran número de antiguas ciudades israelitas, como Mahanaim, Yabesch, Sukkot, Jemiel, que como tales eran reputadas en los tiempos mas antiguos; allí se mantuvo todavía dos veces en los tiempos históricos el centro de gravitacion del reino: en la época de Eschbaal y durante la rebeldía de Absalon. Que el Jordan es vadeable en este punto nos lo enseña la historia de Jerubaal. Pero, ante todo, como ya se ha dicho, la tierra Sur del lago de Genezareth ofrece muchos vados, y aprovechando estos pudieron algunos clanes hebreos aislados establecerse paulatinamente en la tierra occidental del Jordan.

Hay que considerar tambien que el paso no debió de verificarse necesariamente por un solo punto, pues la emigracion de Israel á la comarca occidental del Jordan seria seguramente muy paulatina, y al principio en són de amistad. Precisamente en lo que menos crédito merece la leyenda